

Tarea

Tarea

Escrito por: Emilio Gómez Ozuna

La escuela (Relato)



Sólo los ladridos de la “Pinta”, la perrita de mi amigo Franco, me hacían saltar del petate donde dormía. Ni Chepita, mi hermana con sus gritos lograba despertarme para “irnos” a la escuela. Yo tomaba mi morral con los libros, un pan con guineo era la torta y un veinte de cobre con la cara zapoteca de Benito Juárez, el gasto que dejaba mi padre sobre la mesa para la hora del recreo.

Apenas me lavaba la cara y corríamos a la calle, la “Pinta” ladraba de alegría y movía de felicidad su dorada cola, mi hermanita detrás nuestro nos perseguía; pero antes de llegar al edificio, metíamos la mano al bolsillo y le entregábamos nuestro dinero con la condición de que no dijera que tomábamos otro rumbo. Ella entraba a la escuela y volteaba a vernos cómo Franco y yo corríamos vereda al río que borbollaba de peces y piedritas de colores.

Me llamo Marcelo, y lo que más odié en mi niñez fue la escuela, sobre todo a las maestras y maestros que nos jalaban de las orejas tanto, que casi las arrancaban. Sólo recuerdo mi coraje cuando los maestros se inclinaban o daban preferencia a las niñas limpias, güeritas, y ver cómo querían a los más aplicados. Odiaba el cuadro de honor con las caritas de los compañeros y su uniforme impecable. ¡Ni soñar con ser de la escolta o de la banda de guerra! Los bailables eran una ilusión.

Qué maldición con las tablas de multiplicar. En español, nuestros cuentos eran muy bellos, pero cuando veían un error de ortografía, con pluma roja les daban un tachón que casi rompían las hojas, y qué decir de pasar a leer frente al grupo, era imposible con ver al monstruoso maestro con regla en mano; sólo balbuceos, chillidos y tartamudeos salían de nuestros labios y terminábamos llorando de tan humillados por su mirada inquisidora.

El día de las madres era el que más nos dolía. Todos de la mano con su mamá asistían al festival, bien peinadas las niñas y los niños con sus zapatitos lustrados, entregaban el regalo que mi hermanita, Franco y yo ni siquiera hacíamos, por ser huérfanos de madre. Preferíamos correr en el campo de fútbol detrás de la Pinta o sembrar arbolitos con don Chito, el conserje.

Franco y yo decidimos no ir nunca más a la escuela; el campo, el río y los pájaros nos enseñaron a ser felices. Él, con una pequeña guitarra, yo construyendo casitas con palitos y la Pinta correteando mariposas. Cuando calculábamos que era la hora de salida, esperábamos a Chepita en la esquina de la única tienda del barrio. Muy normal llegaba a mi casa y Franco se iba corriendo con la Pinta a la suya.

Crecimos. Franco se convirtió en un gran artista, yo en un excelente maestro albañil y mi hermana Chepita. en una mujer avasallada...la Pinta se murió. Un día regresé a esa escuela y me encontré con las mismas maestras y maestros, el mismo uniforme, la misma bandera, las mismas reglas, los mismos pizarrones y, lo peor de todo, sin esos árboles que algún día sembramos con don Chito.

<https://palido.deluz.com.mx/numero-121/121-tarea/129-la-escuela-relato>